

## RECENSIÓN

MARTUCCELLI, D., (2007): *Gramáticas del individuo*, Buenos Aires, Losada, 500 páginas.

El libro que a continuación presentamos ha llegado a nuestras manos por el interés que ha suscitado el propio autor en los últimos años en los estudios sociales en general y más concretamente en el campo de la sociología de la educación. Sin ser muy conocido en el habla hispana, no debemos pasar por alto que Martuccelli ha sido muy referenciado por dos obras que han causado cierta impresión en los análisis sociológicos: nos referimos a *En la escuela* y *¿En qué sociedad vivimos?* Valga, pues, esta nueva obra suya, presentada ya en solitario, para observar la evolución de su propio pensamiento e inquietudes en esto del estudio del campo de lo social.

Insertado en los debates sobre si el objeto de estudio en sociología se debe centrar en análisis de tipo sistémico o por el contrario en la acción social y por ende en el individuo, esta obra abriría ese eje entre ambas posiciones para, supuestamente, rellenar el hiato que separa a uno y otro al mismo tiempo que dar un nuevo sentido a este tipo de explicaciones. En efecto, el autor trata, a lo largo de las diferentes páginas de este estudio, de construir una tercera dimensión entre sociedad e individuo con el objetivo de clarificar lo que supuestamente no ha hecho la sociología, a saber, intentar dar cuenta de las prácticas sociales de los sujetos, aspecto que no habría conseguido la sociología clásica por estar, primero, centrada en explicaciones de tipo estructural y, segundo, haber relegado al individuo a una posición marginal dentro de sus argumentaciones. Es decir, si bien es verdad que el individuo para la sociología clásica ha sido un

referente fundamental, al mismo tiempo se ha esforzado, bajo la centralidad dominante de la vida social, «en despojarlo de toda centralidad analítica». (p. 9)

Situada en las nuevas corrientes postmodernas, la obra se organiza en cinco capítulos (divididos éstos en numerosos subcapítulos) —con su introducción y conclusión— dirigidos a construir el marco teórico de esa nueva dimensión entre individuo y sociedad, o sea, las *Gramáticas del individuo*. Lo sorprendente es que a Martuccelli lo conocimos como experto en el campo de la sociología en una obra (en co-autoría con F. Dubet) llamada *¿En qué sociedad vivimos?*, que resultó ser una de las mejores apuestas de sociología de los últimos años, donde se criticaba, precisamente, lo que ahora nos encontramos en su nuevo trabajo. Debido a esto, se nos ha hecho imposible no hacer referencia a la obra citada, pues se han desechado partes de ésta tan importantes como las lógicas de la acción social (integración, estrategia y subjetivación), que al parecer son una creación del propio Dubet, de las cuales Martuccelli se distancia y renuncia en parte<sup>1</sup>.

Para sostener el nuevo giro hacia esos elementos individuales, su nueva dimensión sociológica ya no sólo puede centrarse en los componentes constitutivos de modernidad como son el trabajo, la jerarquía, el estatus, la clase social, etc. Éstos son desplazados, aunque no olvidados, por esa nueva dimensión pues dichos ele-

---

<sup>1</sup> Véase respecto a esto la página 144 y más concretamente la nota número 44 que se encuentra en la página 195.

mentos ya no tendrían la capacidad analítica de antaño, según el autor, lo que hace necesario buscar nuevos referentes analíticos de carácter individual como son el «Soporte», el «Rol», el «Respeto», la «Identidad» y la «Subjetividad», los cuales coinciden con los capítulos del libro. Es decir, que en vez de analizar la sociedad postmoderna con el objetivo de crear nuevos marcos de análisis para poder explicar y dar cuenta de las acciones de los individuos en relación a ésta, considera la idea de sociedad como algo relevante, pero que en cualquier caso no lo es más que las propias gramáticas individuales. Dicho de otra manera, en vez de considerar la idea de sociedad como algo «inútil», —que en parte es lo que hacen algunas sociologías postmodernas— ésta se ve desplazada hacia un segundo plano, pues deja de ser el referente principal, lugar que empieza a ocupar esas nuevas dimensiones individuales (p. 18 y 19).

Lógicamente, Martuccelli no puede dejar de lado la sociedad, hacerlo sería simplemente rechazar el campo de la sociología y comenzar a realizar otro tipo de análisis que han sido rechazados históricamente por algunos enfoques sociológicos, lo que no salva a la obra de tener ciertos elementos obtusos. Lo que se intenta implantar, por lo tanto, es volver, en función de los nuevos cambios sociales del «nuevo espíritu del capitalismo», a interrogar el nexo entre individuo y sociedad para acabar dándole mayor peso al primero. Como vemos, y aunque el autor se dedique a referenciarlo como sociología crítica, este tipo de argumentaciones las podríamos encuadrar dentro de lo que ha venido haciendo, generalmente, en el campo hegemónico de la sociología en las últimas décadas, o sea, una sociología, en cierto sentido, antimarxista<sup>2</sup>:

Nuestra base inicial es, por lo tanto, el reconocimiento de los límites de la comprensión del individuo a partir de ciertas representaciones taxo-

nómicas del mundo social, de una conceptualización que concibe a los actores como circunscritos por relaciones sociales muy delimitadas y que actúa dentro de límites absolutamente precisos. Pero también las de un procedimiento en el cual el individuo no es considerado sino a partir de una orden de la individualización, frecuentemente incapaz de hacer justicia a las diferencias notables entre sus diversas dimensiones sociales (pp. 26 y 27).

Y prosigue así Martuccelli en la evolución de sus argumentos:

Todo problema consiste, entonces, en construir una representación que reconozca el legítimo lugar del contexto o de la posición, y permita al mismo tiempo comprender la singularidad del sentimiento de separación y de individualidad experimentado por cada actor (p. 27).

Pero aquí no llega al *culmen* de su argumentación. Como hemos dicho, estas explicaciones se configuran hasta llegar a las conclusiones que ya hemos apuntado, que es el lugar del cual quiere hacer brotar sus análisis:

Y, para establecer sus términos y su alcance exactos, la prioridad analítica debe ser acordada a las dimensiones del individuo y no a los posicionamientos sociales o a la orden de llegar a ser individuos (p. 28). En lo que sigue, no se tratará, pues, de describir al individuo a la luz de las mutaciones sociales, sino de volver a examinar las principales dimensiones del individuo en la condición moderna. Señalaremos cinco: el soporte, el rol, el respeto, la identidad y la subjetividad (p. 29).

Nos encontramos, así, paradójicamente en la concepción de una «sociología del individuo» (término metodológico que utiliza a lo largo de la obra). ¿Qué quiere decir el autor con esto?, ¿es posible una sociología del individuo? Dicho de otra manera, hablar de un análisis sociológico centrado en los individuos no tiene sentido, pues se pierde el orden central y las propias explicaciones-preguntas a las que la sociología se ve obligada a contestar, es decir, poner de manifiesto el porqué las personas actúan de este modo en cada época histórica concreta, cómo lo hacen y cuáles son las variantes sociales que, a la vez que son creación de los propios individuos, objetivan y contextualizan sus acciones. Aspec-

<sup>2</sup> Véase al respecto: ZAMORA FORTUNY, B., (2005): «¿Crisis de la sociología de la educación? Sobre el estatuto de la sociología de la educación», en *Témpora*, núm. 8, Servicio de Publicaciones ULL, La Laguna.



to que, creemos, no es capaz de responder esta obra (aunque, si bien es verdad, intenta contextualizar algunos puntos de los sujetos sociales) debido a las dimensiones individuales de las que quiere partir, las cuales están justificadas por elementos de tipo psicosociológico ahistóricos, subjetivo, etc., que por su propia naturaleza, histórico-teóricas, no pueden resolver.

La propuesta es, en definitiva, como ya lo hiciera la sociología clásica alemana, partir de los individuos en el análisis social<sup>3</sup>. En efecto, el trato especial a los elementos más «oscuros» de la sociología alemana es común a lo largo de las diferentes páginas de este estudio: términos como «afinidades electivas», «tipo ideal», el individuo como elemento principal en los análisis sociales, elementos de corte irracional, etc., son muy utilizados. Las aceptaciones, sin más, por parte de Martuccelli, de algunos mecanismos, muy criticados de la sociología de Simmel, Tönnies, Weber y otros que han bebido de sus fuentes como E. Goffman, etc., hacen que algunas de las elucidaciones de sus argumentos se centren en propuestas que confieren a los individuos una especie de área no social. Quizá, no sea tanto por la utilización de elementos técnico-metodológicos, como pueden ser los tipos ideales, sino la aceptación de proposiciones de corte inmanente, como de hecho ya recogiese Simmel<sup>4</sup>, lo

que establece en la obra explicaciones inconsistentes a la hora de proponer esas nuevas dimensiones del individuo.

Sin más dilaciones, veamos las aportaciones de las dimensiones del individuo que el autor realiza a la hora de explicar la propuesta teórica de su tercer eje entre individuo y sociedad. En lo que se refiere al primer capítulo, el «Soporte», uno de los puntos de discusión central son los procesos de individuación. Este análisis se desarrolla, recogiendo las propuestas de U. Beck, con el objetivo, creemos que acertado, de hacer ver cómo los procesos de individuación han conformado la idea de individuo a lo largo de las sociedades modernas. Para ello, se sirve de los análisis históricos de cómo —en diferentes términos de estudio— los postulados de la democracia, la aristocracia o el paso de la «comunidad» a la «sociedad», han ideado una nueva forma de individuo en torno al desarrollo de los procesos históricos, los cuales habrían abierto una línea para las nuevas explicaciones en relación a la idea de «autonomía individual», «independencia», o la «capacidad de dominio pulsional», término que recoge de N. Elias.

Estos procesos de individuación habrían creado, según el autor, unos soportes sociales, una fuerte visión interna, individualista de las propias per-

---

<sup>3</sup> Como muy bien lo recoge González García; «...el elemento más importante de la influencia de Goethe en la sociología de Simmel y de Max Weber se encuentra precisamente en la apuesta por el individuo frente a las instituciones sociales y a los tipos de pensamiento que lo reducen a ser bien un mero producto de un poder trascendente, bien un mero receptáculo de influencias colectivas o cósmicas». [...] «...el papel relevante concedido al individuo será una de las características fundamentales de la sociología clásica alemana». GONZÁLEZ GARCÍA, J.M., (1992): *Las hue-llas de Fausto*, Tecnos, Madrid, pp. 30 y 31.

<sup>4</sup> Löwy lo ha recogido de manera muy sugerente en uno de sus estudios sobre la evolución política de Lukacs. Él ha puesto de manifiesto cómo SIMMEL, en su obra *Filosofía del dinero*, rompía con los análisis sociológicos más importantes e innovadores de Marx para darles un matiz «metafísico». Véase primero cómo

---

Simmel ha relacionado, en la obra ya citada, su metodología frente a la del marxismo: «Construir por debajo del marxismo un fundamento (*Stockwerk*) que conserve el nivel explicativo de la comprensión de la vida económica entre las causas de la cultura espiritual, pero que reconozca en esas mismas formas económicas el resultado de valoraciones y corrientes más profundas, de presuposiciones psicológicas y hasta metafísicas». Como podemos observar, la similitud —salvando las distancias de tiempo entre los análisis de uno y otro— con los argumentos de Martuccelli es notable. Véase ahora lo que Löwy escribe respecto a este análisis de Simmel: «Por ese lado, el análisis económico concreto, históricamente determinado, de Marx, se trastoca, o más bien se disuelve en una visión del mundo trágica, una psicosociología ahistórica, una filosofía de la cultura con tendencia profundamente metafísica». Todo ello está recogido en: LÖWY, M., (1978): *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*, siglo XXI editores, México.

sonas de las cuales ya no se podrían separar. Por esto la sociología se tendría que centrar en este aspecto, dado que los procesos de individuación crearían una especie de elemento cognitivo que dota al individuo de sentido propio. Dicho de otro modo, que esas formas de interioridad individual vienen dadas por lo que él llama «redes», «vínculos», «círculos», etc., al mismo tiempo que crean nuevos elementos de tipo individual. Lo cual concibe un nuevo elemento de estudio que la sociología ya no debe dejar de lado para centrarse sólo en los elementos estructurales, sino también en esas dimensiones individuales.

«Evidentemente, no se trata de ninguna manera de afirmar por eso el carácter solipsista y autosuficiente del individuo. Cualquiera sea la manera de considerarlo, no hay individuo observable fuera de lo social. Pero la autonomía, la independencia, el autocontrol y la expresividad no están ahí, de cualquier modo, sino para dejar sentado lo bien fundado de la soberanía y de la separación del individuo del espacio social en el que se mueve» (p. 41).

Otro aspecto que merece ser destacado de este capítulo, parte del mismo en positivo, es la propia explicación de los soportes. Ciertamente, estos soportes vendrían definidos por su capacidad de fomentar procesos de individuación, pues al mismo tiempo que son factores importantes a la hora de definir procesos sociales que nos afectan, son también dispositivos que nos hacen reverenciarnos como individuos autónomos. Éstos serían tales como el trabajo, el tiempo libre, el estrés o la fatiga, etc. Pero, al mismo tiempo que se da este análisis surge la nueva visión de carácter más sombría, entendemos, ya que —y esto es muy importante para entender su obra— para buscar ciertas explicaciones al estrés, al mundo del trabajo, a las depresiones, etc., no habría que centrarse sólo en los anclajes contextuales, sino más bien dentro de las propias dimensiones del individuo, en tanto en cuanto los procesos de individuación y los soportes han hecho que el sujeto busque soluciones dentro de sí mismo, pues éstos habrían creado esa tercera dimensión que tendría un carácter autónomo. Todo ello, azotado, como ya señalamos, por referencias a problemas de tipo psicológico y lo que es peor, ahistórico. Lo que puede llevar a este tipo de

sociologías a engendrar prácticas peligrosas para la explicación de las desigualdades sociales, enfermedades, etc. Aunque, para ser justos, debemos decir que Martuccelli explica que estos procesos de individuación han traído aparejados para los actores sociales que: «Las consecuencias de todos sus actos le son devueltos bajo la forma de responsabilización» (p. 85), lo que no quita que siga justificando su «sociología del individuo»<sup>5</sup>.

En el segundo capítulo, el «Rol» vendría a establecer un vínculo entre la estructura social y el actor, donde los individuos realizarían sus acciones en función del rol que desempeñan en los diferentes escenarios sociales a los que tienen que hacer frente en su vida cotidiana. Es decir, que si bien en una época histórica los individuos desempeñaban un rol en relación a la posición que ocupaban en la estructura social, en la actualidad, dicha rigidez estructural se habría roto y como consecuencia de esos cambios sociales las acciones no habría que buscarlas tanto en las propias estructuras ni en el individuo propiamente dicho (atomizado), sino en sus dimensiones, en este caso en el rol. Éste vendría definido en tres niveles (el contextual, la sociabilidad y el estilístico), que nos serviría para introducir en nuestras acciones una previsibilidad en la vida social, o sea para presentir las «conductas de los otros».

El punto fuerte en la contextualización de las acciones sociales, como vemos, no vendría dado ni por lo social, ni lo estrictamente individual, sino por, en este caso, el rol como supuesto intermedio que parte del individuo, pues es él quien crea la acción. Veamos cómo lo explica el propio autor:

De ninguna manera hay que recaer en una concepción que privilegie ya sea el «sistema», o ya el «actor», pero sí interrogarse, en función de la consistencia contextual, sobre el rol del rol dentro de situaciones dadas (p. 124).

<sup>5</sup> Véase respecto a esto, el apartado IV del capítulo I titulado «la transmutación de los valores», como ejemplo de unas explicaciones bastante titubeantes de lo que el autor nos quiere decir (p. 90).



Nos encontramos, así, ante una situación donde la estructura es entendida como una «cosa» como algo que estuviese por encima de los propios individuos, como si fuese un «ente» extraño que no construyen los propios sujetos en relación a sus propias acciones objetivadas. Creemos que es mucho más acertada, para poder explicar esa interacción entre individuo y sociedad, las explicaciones dadas por el propio Marx en la III *Tesis sobre Feuerbach* y las expuestas por el propio F. Dubet ya que, al parecer, Martuccelli, como indicamos más arriba, se ha desentendido de ellas. «El orden social resulta de la socialización que transforma a los individuos en actores sociales cuyas prácticas engendran a su vez el orden social que las ha producido». [...] «De este modo, no hay distancia verdadera entre el actor y su sistema, entre la objetividad y la subjetividad»<sup>6</sup>.

Esta nueva forma de redefinir dicha interacción y producción de la sociedad nos parece que está soslayada por nuevos campos de estudio sociológico centrados en perspectivas postmodernas —que si bien es verdad Martuccelli no cae en la ingenuidad de centrarse en las *mediaciones discursivas* como en parte vemos en algunas teorías de la sociedad (de hecho en parte las crítica, véase pp. 321 y 322)— orientadas a la mención de los propios procesos del individuo. Ya el propio autor lo pone de manifiesto:

La socialización, a pesar de su importancia para el estudio histórico de la construcción de los individuos, debe, pues, ser ampliamente desprendida de la tarea funcional del mantenimiento del orden social, y perder por eso, y en consecuencia, su centralidad teórica (p. 129).

---

<sup>6</sup> DUBET, F., y MARTUCCELLI, D., (2000): *¿En qué sociedad vivimos?*, Losada, Buenos Aires, pp. 60 y 61. Cito la autoría de estas palabras a Dubet porque, como ya explicamos antes, MARTUCCELLI, en, *Gramáticas del individuo*, renuncia a las mismas para intentar dar una nueva explicación de las interacciones entre individuo y sociedad. Es más, esta cita está sacada, precisamente, del capítulo 2 «De la acción a la sociedad», que es donde Dubet define sus lógicas de la acción, que es precisamente la parte en la que se distancian Martuccelli.

Aun reconociendo la importancia que el autor da a los procesos de individuación y su influencia para que los sujetos se definan a sí mismos dentro de su espacio subjetivo, proponiendo en los mismos definiciones «sacrificadas» en referencia a la «autenticidad», tenemos que decir que dichas explicaciones no sobrepasan ni en contenido, ni en metodología, a las dadas por Dubet en su «lógica de la subjetivación»<sup>7</sup>. Y es más, esta obra, que está consagrada a distanciarse de este tipo de explicaciones, a la hora de proponer los ejemplos de análisis para poder probar su teoría, cae en ellas también, haciendo siempre referencias a aspectos sociales pero sin quitarse la maraña subjetivista.

«Pero se puede, entonces, interesarse más en las dimensiones subjetivas de los roles, que en las capacidades estratégicas de los individuos, dependientes, en el fondo, de la variación contextual y de la naturaleza móvil de imposiciones» (p. 165).

Partiendo de nuevo de los debates históricos creados en la modernidad en torno al individuo, primero como «deudor» de la organización social y, segundo, como sujeto con «valor en sí mismo» teniendo éste derecho a hacer de su vida el centro de sus actividades, el tercer capítulo se centra en el «Respeto» como proceso creado por estos propios debates. Efectivamente, dichos debates, unido a los cambios sociales, habrían creado una nueva dimensión individual, a saber, el respeto, que los propios individuos piden para sí en aras de las nuevas condiciones

---

<sup>7</sup> «Los actores no se identifican únicamente con sus pertenencias y sus intereses, se definen también como sujetos, no a través de un decreto de su libertad, sino porque la vida social propone una representación del sujeto. Significa que ellos se definen también por su creatividad, su autonomía, su libertad, por todo lo que, paradójicamente, se expresa como no social. Por supuesto, esta representación no es una entidad ontológica preexistente a la socialización, ella misma es un producto social, una relación con la cultura. Pues sabemos que, en la mayoría de las sociedades, la cultura propone una imagen de la humanidad 'no social', no reducible a las pertenencias y los intereses sociales». *Ibid.*, p. 79.

modernas. Así, el autor, encuentra una nueva dimensión para seguir abriendo su esquema de análisis que, centrado en él, dirigirá este capítulo «...al estudio de la sociabilidad interindividual, dentro del individualismo moderno...», es decir, que «La confirmación social del individuo pasa por el respeto que le es debido» (p. 204).

Se parte, así, de la importancia que el «respeto» tiene para los individuos en la sociedad actual en tanto que entidad simbólica, la cual propone nuevas formas de acción. Estas formas de respeto son definidas a través de tipos ideales como la igualdad, el honor, la ofensa, etc. Las acciones que de ellas se derivaría vienen rodeadas por yuxtaposiciones y tensiones, ya que no pueden ser pensadas como una «transición simple» en un modelo social definido como jerárquico. Uno de los ejemplos que el autor expone para observar la importancia del respeto, lo constituye el de los jóvenes hijos de inmigrantes nacidos en Francia. Éstos se verían enfrentados por querer pertenecer a sus culturas de origen (diferencia), al mismo tiempo que luchan por ser reconocidos en la nueva cultura de adopción en la que han nacido (respeto), siendo el resultado de todo ello la ambivalencia hacia estas formas de representación social de los individuos. Incluso referencia el famoso trabajo de P. Willis, *Aprendiendo a trabajar*, para señalar las resistencias que los hijos de la clase obrera practican en relación a la cultura dominante, diciendo que esto mismo es lo que harían los hijos de inmigrantes franceses.

Aún cuando lo dicho refleja el carácter de muchas de las reivindicaciones actuales, lo cierto es que no acabamos de observar el sentido práctico de estos análisis, pues aunque cite a Willis lo hace con el objetivo de remarcar lo importante de la diferencia étnica y por ello el respeto que se debe dar a los individuos de esas culturas. Entendemos, por tanto, que el debate que plantea se pierde en principios identitarios, culturalistas, etc., en definitiva en «falsos debates». En efecto, como ya recogiese B. Cabrera, el problema de los individuos que nacen en diferentes grupos étnicos no es que pertenezcan a dicho grupo, sino que su cultura sea de clase social subalterna, es decir, que lo que nos interesa es la variable clase social que atraviesa a la

étnica y es, en definitiva, la que objetiva las acciones de los individuos. Centrarse en los nuevos sujetos sociales como solución y dejar de lado las condiciones de vida, el trabajo, en fin, aspectos de tipo «macrosociológico», que es lo que en cierto modo nos viene a decir Martuccelli, engendra una de las mejores prácticas de desigualdad social<sup>8</sup>.

Siguiendo las líneas planteadas en los capítulos anteriores, el cuarto se dedica a desarrollar la dimensión de la «Identidad». Ésta vendría representada por dos grandes procesos: el primero sería el aspecto propio de cada individuo y el segundo tiene que ver con sus perfiles sociales y culturales. En referencia al segundo, tenemos que señalar que los análisis no se centrarían tanto en observar cómo se han construido esos nuevos sujetos sociales, es decir, las identidades —que para nosotros representaría el análisis más atractivo, pues podríamos observar el porqué de su cimentación—, sino en cómo las mismas juegan, en el actual momento histórico, un papel relevante para la definición de los sujetos. En palabras del propio autor, la identidad permite «...subrayar la singularidad del individuo...», al mismo tiempo que insertarlo «...dentro de una cultura o una sociedad dada» (p. 289).

<sup>8</sup> «Entonces que la principal atención se desplace a los derechos culturales y de reconocimiento identitario, como en parte ocurre con los nuevos sujetos sociales, y no se centren en las condiciones de vida, de trabajo, de explotación, de realización de los derechos individuales propios de las sociedades de acogida... constituye un claro exponente de que el 'culturalismo' es la mejor de las coberturas para la entronización del capital y sus consecuencias económicas, sociales y políticas asociadas en el actual momento histórico». CABRERA, B., (2005): «Hablemos de falsos debates. Culturas, identidades y capitalismo o el modo de entenderse en lo cómodo», en *Témpora*, núm. extraordinario, Servicio de Publicaciones de la ULL, La Laguna, p. 124. Para una mayor profundización, véase también, del mismo autor: CABRERA, B., (2004): «¿Qué formación para qué empleo? Educación, trabajo y retórica», en MONREAL, J. (director) *Formación y cultura empresarial en la empresa español*, Thompson Civitas, Madrid, pp. 578 y 579.

Si bien es verdad que Martuccelli señala, como hemos podido ir apreciando, que los análisis de la identidad no pueden separarse de los procesos socio-culturales, esto no quita que el peso de sus explicaciones pivote alrededor de esa dimensión del individuo, dándoles un «espacio analítico propio». Lo dicho se puede observar a lo largo de las diferentes justificaciones que el autor realiza de su método:

Se puede decir que lo propio de este método sociológico es insistir, a través de los diferentes procesos de desempeño del individuo, sobre las distintas formas de recomposición de las identidades en funciones (p. 291).

Para intentar dar cierto rigor a sus análisis, este capítulo es dirigido, en un principio, a dos puntos de análisis: 1. la desinstitucionalización, y 2. la destradicionalización, con el objetivo de dejar entrever cómo estos dos aspectos soportaban cierto grado de responsabilidad social y ahora son los individuos los que pasan a engrosar la misma lista de responsabilidades. Es decir, ahora es el individuo quien debe asumir su trayectoria personal («individuo habilidoso»). Aunque el autor le dé importancia a dichos procesos, éstos no le acaban de convencer para poder dar cuenta de los procesos que atraviesan a la identidad hoy. En efecto, para él estos términos «corren el riesgo» de no dar con las claves del individuo en la contemporaneidad. Dicho de otro modo, que la identidad es una dimensión del individuo soportada por prácticas de corte más immanente (la identidad tendría la capacidad de «tenerse desde el interior») como pueden ser «la proliferación discursiva», llegando incluso a afirmar que: «...es más bien fuera de la sociología que se encuentran los análisis más constitutivos de esos procesos» (nota núm. 19 del capítulo 4, p. 357).

Llegamos así al último capítulo de esta obra, el cual se dedica a la «Subjetividad». Ésta vendría dada por aquel espacio donde el individuo construye «un dominio de sí sustraído de lo social». Es lo que se conoce, en parte, por «interioridad», «sentido interno», «autoconciencia», «introspección», etc. Es decir, como señala el mismo autor: «...la subjetividad permite también subrayar, a diferencia de muchos otros conceptos,

hasta qué punto, antes de ser una preocupación intelectual inexpugnable, es una experiencia particular de sí» (p. 369). A diferencia de la lógica de la subjetivación, en la cual los actores se identificarían por todo aquello que se presenta como «no-social» sin explicaciones de tipo ontológico sino socio-cultural, Martuccelli pone el énfasis en la subjetividad, donde «El estudio del individuo en la condición moderna... no puede ahorrar una reflexión sobre sus aspectos más «psicológicos o «personales» (p. 369).

El análisis realizado, al ser cargado de elementos psicoanalíticos, irracionalistas... pierde lo interesante de la lógica de la subjetivación, es decir, el individuo, el respeto, la identidad, el rol, etc., como un producto histórico-cultural, pues el autor de las *Gramáticas del individuo* lo que pretende es, sin perder de vista la referencia al «producto cultural», desplegar cierto espacio sociológico en pro de la subjetividad, lo que no es más que analizar la subjetividad entre la vida interior y las transmutaciones sociales:

La mirada sociológica debe hacer de la subjetividad una dimensión total del individuo, puesto que, en la modernidad, deja de ser un misterio o una mistificación. La presión de lo social es más maleable e intermitente, y nada impide analíticamente reconocerle su espacio (pp. 388 y 389).

En definitiva, y a modo de recapitulación, lo que esta obra nos viene a decir es que entre el individuo y la sociedad existiría una tercera dimensión que vendría definida por las gramáticas individuales (Soporte, Rol, Respeto, Identidad y Subjetividad), de las cuales se debe partir en todo análisis social si este mismo quiere ser riguroso en la actualidad. Debemos hacer constar, por tanto, que aunque se refiere a la importancia de lo sociocultural en lo que respecta a las «gramáticas de los individuos», el autor no termina de dejar claras estas características en sus análisis, lo que podría llevar a una especie de fantasía a la hora de considerar las posibles soluciones a los problemas sociales ya que las mismas podrían recoger una peligrosa mezcla entre el contexto y el individuo. Es decir, que para él todo análisis social debe partir del individuo, pues es ahí donde se encuentra el centro de la



representación del sujeto humano. Pero, para finalizar, preferimos dejar hablar al propio autor:

En el fondo, como lo hemos visto, se trata principalmente de afirmar que la «estructura» de la sociedad en adelante debe ser estudiada, a partir de y en las «características» de los individuos, o

en y por su «trabajo». En estas perspectivas, la teoría del individuo puede autonomizarse radicalmente, al punto de construir progresivamente una disciplina total (p. 464).

Mariano GONZÁLEZ DELGADO